

LA ESCENA DE LA HIPOCONDRIA

Carlos Isod y Alberto Loschi

Partiendo de la afirmación de Freud de que el término hipocondría se perjudica por su referencia fija al síntoma del miedo a la enfermedad, los autores de este artículo proponen considerarla como una dimensión siempre presente en la sesión, estrechamente ligada al trauma, la transferencia actual y la transferencia vivencia. Apuntando a la comprensión de ese acontecer único que es la sesión psicoanalítica, donde las categorías pasan a ser planos convergentes de un suceder e intentando superar el pensar que las considera como antinomias, muestran en un ejemplo clínico lo complejo del interjuego entre lo actual de la neurosis y la psiconeurosis, carga de órgano y carga de objeto, transferencia actual y transferencia palabra, sujeto y objeto, necesidad y deseo.

“...mi propósito no es el de enseñar aquí el método que cada cual debe seguir

para guiar acertadamente su razón, sino solamente mostrar de qué manera he tratado de guiar la mía”.

Descartes

Introducción

Como sugiere el epígrafe, lo que sigue a continuación intenta mostrar algunas ideas desde las cuales abordamos la noción, ambigua y compleja, de hipocondría. El contexto que encuadra nuestras especulaciones pretende prescindir de cualquier intento de ordenación nosológica.

En una nota de “Estudios sobre la histeria”, Freud establece una neta continuidad entre las tres neurosis actuales, dejando de lado los andamiajes psicopatológicos que sirvieron para desarrollar sus descripciones clínicas, acercándose así a sus contenidos.

En relación con la hipocondría, definida tradicionalmente como “...expectativa angustiada referida a la propia salud...”, afirma “...hallo que la viabilidad del término hipocondría se perjudica por su referencia fija al síntoma del miedo a la enfermedad.”

Lo actual de las neurosis (“...el grano de arena en el centro de la perla...”) y la hipocondría (“...una partícula (de la cual) es, por lo general, constitutiva de otras neurosis (de transferencia y narcisistas...)”) deben ser consideradas, siguiendo nuestra particular lectura de los textos freudianos, como una dimensión nuclear de lo psíquico que es, en su manifestación en la sesión, transferencia actual, transferencia vivencia, núcleo ‘real’ del padecer psíquico.

Puesta en escena

Jorge (J.) es un hombre joven que consulta por una serie de decisiones que se siente compelido a tomar y que abarcan tanto su actividad profesional como su vida amorosa. Frente a la exigencia a concretar esas decisiones se manifiestan en él fuertes dudas,

imprecisiones e indecisiones. El fragmento que sintetizamos corresponde a la cuarta semana de tratamiento.

La primera asociación de J. gira alrededor de sus dudas en el plano amoroso, su indecisión y dificultad para arribar a una definición. En sus palabras establece un contraste entre lo persistente de sus dudas y la precisión con que su padre encara todas las cuestiones de la vida, sobre todo en el ámbito profesional. El analista (A.) señala ese contraste manifiesto entre la precisión que J. adjudica al padre y su imprecisión-indecisión. Agrega que alrededor de esa 'indecisión' define la imagen de sí, la que hace a su identidad, al tiempo que destaca que el 'debo llegar a una decisión', con su perentoriedad, refuerza ese contraste y se constituye en baluarte contra una identificación con la precisión del padre. Mientras se desarrolla este diálogo J. acompaña sus palabras con un gesto sintomático que consiste en tocar y frotar zonas dañadas de su piel y su rostro. A. 'desatiende' el gesto de J. y de la misma manera, en su intervención, 'olvida' incluir que la insistencia en esa imagen de indeciso y dañado es una manera de enrostrar al padre, así como a A. en el momento

de la sesión, su castración. J. exhibe su daño a A., despertándole vivencias de culpa, al tiempo que ejerce su seducción con un gesto -el de frotarse- en el que se ofrece a A. en un acto de entrega homosexual. Incluyendo esta otra perspectiva la 'indecisión' de J., acompañada del gesto con que frota su piel, resulta un estímulo preciso y certero que impacta en A., excitándolo, despertándole culpa y moviéndolo a rechazar el daño que J. exhibe ante sus ojos.

Mientras dialoga con su paciente A. registra un pertinaz malestar digestivo que se va intensificando a medida que la sesión transcurre. Luego de la intervención de A., el material asociativo de J. toma otra vertiente. Habla de sus hábitos de higiene, ritualizados, y de la propensión a padecer -producto de la frecuencia e intensidad de los mismos- irritación crónica de piel, con descamación y exudado sanguinolento.

El analista interviene ligando el relato de los rituales de higiene de J. y las referencias a su cuerpo dañado con los baños rituales y el lavado de cadáveres en la tradición religiosa en la que J. fue iniciado.

Interpreta que el lavado de manos está hablando de manos ensangrentadas, escenificando un hecho de sangre.

Hasta acá, las palabras que circulan entre A. y J. se acercan, de modo impreciso, a hablar de una escena en que aparecen imágenes de daño y sangre acompañadas de vivencias de culpa. Imágenes y vivencias que son rastros, vestigios que señalan la presencia de un crimen. La imprecisión en las palabras contrasta con la 'precisión' con que A. registra su malestar digestivo, que se incrementa hasta un punto intolerable, llevándolo a retirarse de la sesión para ir al baño, fuertemente descompuesto.

Al regresar A. al consultorio -luego de la evacuación y el consiguiente lavado de manos- J. relata que -como consecuencia de un fuerte estado gripal que está padeciendo- tuvo dudas de concurrir a la sesión de ese día por temor a contagiar su enfermedad al analista. A. señala que "ahora las dudas aparecen entre nosotros" y que "el contagio temido en realidad ya ocurrió, como seguramente pensaste al verme salir de la sesión". Más adelante dirá "tu cara lastimada y enrojecida muestra la desesperación y la vergüenza que te despierta

el verme contagiado, imagen que a pesar de la violencia con que te frotás los ojos no lográs borrar”. Con la palabra ‘contagio’ A. y J. se aproximan a hablar de la escena que transcurre en la sesión. Entendemos que en la palabra ‘contagio’ se condensan representaciones que aluden a la excitación homosexual y el crimen que la acompaña. A., contagiado, aparece hecho mierda. El cadáver, encarnado en A., cobra vida poseyendo e infestando el cuerpo de J. con la peste que lo aqueja.

La escena de la hipocondría

Hemos elegido desarrollar el artículo partiendo de un material clínico porque nos interesa comprender el tema convocante -hipocondría- como una dimensión de la sesión, dimensión siempre presente y rica en tanto atendamos a ella y la incluyamos en nuestro quehacer. Esta dimensión, en el registro del fragmento transcrito, toma protagonismo y relevancia. La presentación de este material no tiene como objetivo su análisis exhaustivo, aunque su inclusión obliga a ciertas consideraciones elementales.

En primer lugar entendemos que el motivo de consulta de J., bajo el argumento de indecisión y duda, muestra ambivalencia afectiva, el conflicto amor-odio. En otro orden y por la referencia explícita a la figura del padre, podemos suponer que el destino de esa ambivalencia corresponde a la transferencia, en la figura del analista, del 'objeto padre'.

La imprecisión y las dudas de J., casi caricaturescamente opuestas en el discurrir asociativo a la precisión del padre, hablan de odio y amor homosexual. Contenidos estos que impregnan las palabras e impactan en forma 'precisa' y traumática en el cuerpo de A., desplegándose en una escena que cobra realidad en la sesión bajo la forma de descompostura. De la descompostura, entendida como metáfora de pelea violenta, 'entripado' con el 'padre preciso', emerge una frase: 'no preciso padre'. Frase muda que se corporiza en A., que es 'mandado a la mierda'. Incluida en la escena de ataque, la seducción homosexual se manifiesta excitando las entrañas de A. y llevándolo a una suerte de orgasmo anal. Esta escena fundamental, que domina el vínculo entre ambos, aparece condensada en el

órgano asomando en ella la fuerte identificación con un objeto filicida-parricida. A. hecho mierda hace, a su vez, mierda a J.

La salida de A. del consultorio, salida en que literalmente desaparece de la 'escena del duelo', evidencia por contraste su participación en esa misma escena; es el desaparecido. Muestra, encarnado en sí, el cadáver descompuesto y maloliente de padre hecho mierda. A la vez la huida habla también de ataque; A. abandona a J. a su suerte, le da la espalda dejándolo caer en culpa, lo 'caga'. Se 'excusa' yendo al 'excusado'. El baño, y la escena que allí sucede, muestra al analista en el lugar de los excrementos-cadáveres. Es el escenario donde se encuentra con su propia culpa parricida al descubrir, en los sentimientos de vergüenza por su huida y en la humillación de su exilio, su crimen inexcusable e inconfesable: el goce que experimenta al evacuar su excitación. Allí, en el Hades de narcisismo, exclusión y soledad, 'purga' su crimen. Inferimos que esta escena del baño, que tiene como protagonista a A., pone en acto otra, la del baño del relato de J.. En su cuerpo -literalmente contagiado- A. descubre el goce de J. en el tormento de sus rituales sangrientos.

Al volver A. al consultorio, J. -negando la enfermedad en A.- habla de su propia enfermedad, se muestra enfermo y castrado recordándole a A. su crimen. Habla también de contagio, palabra con que llega a la conciencia el erotismo anal que participa de la escena, la peste que involucra a ambos y que los deja sucios, manchados. En su obsesión contagiante J. muestra su temor al recontagio, a ser contagiado por el contagiado, a ser poseído y castrado por el cadáver que A. encarna, convirtiéndose él mismo en excremento-cadáver en un juego de espejos inacabable. Es el goce del infierno, como describe Sartre en "A Puertas Cerradas", donde los ejecutores del castigo son al mismo tiempo los castigados y donde el demonio es nada más que un mayordomo que administra el 'setting' del tormento, llevado a cabo por los propios condenados.

En la escena de la hipocondría las personas -paciente y analista- tratan de poner palabras al rito del que son protagonistas. Esta circunstancia ha sido bien descrita por Freud en el caso de Elizabeth von R.: "El neurasténico que describe sus dolores impresiona como si estuviera ocupado con un difícil trabajo

intelectual, muy superior a sus fuerzas. La expresión de su rostro es tensa y como deformada por el imperio de un afecto penoso; su voz se vuelve chillona, lucha para encontrar las palabras, rechaza cada definición que el médico le propone para sus dolores, aunque más tarde ella resulte indudablemente la adecuada; es evidente, opina, que el lenguaje es demasiado pobre para prestarle palabras a sus sensaciones, y estas mismas son algo único, algo novedoso que uno no podría describir de manera exhaustiva, y por eso no cesa de ir añadiendo nuevos y nuevos detalles; cuando se ve precisado a interrumpirlos, seguramente lo domina la impresión de no haber logrado hacerse entender por el médico. Esto se debe a que sus dolores han atraído su atención íntegra”.

Las palabras que enuncia J. giran alrededor de la imagen de víctima dañada. Tales palabras instalan a A. en el lugar de padre culposo e impotente de reparar el daño. Son palabras que perpetúan la neurosis de transferencia y que ocultan la escena actual que está en su núcleo, al tiempo que dan cuenta de ella. Escena que se despliega

en manifestaciones hipocondríacas que tienen lugar en la sesión comentada.

Planos convergentes

Al ensayar un abordaje de este fragmento de sesión se nos presentan imbricados diversos planos que la profundización teórica permite discriminar.

Nos encontramos con un primer plano que se corresponde con conceptos metapsicológicos que definen la neurosis de transferencia y, por ende, la neurosis transferencial. Estos conceptos describen un movimiento de introversión de libido, que se asienta catectizando al objeto de fantasía. Por su misma naturaleza ese objeto pertenece a la órbita de cumplimiento de deseos. Las palabras de transferencia (palabras que al ser escuchadas por el analista en atención flotante configuran asociación libre) cumplen con la doble condición de haber sorteado la censura y sostener el cumplimiento de deseos. Son palabras que configuran al objeto, hacen al vínculo con ese objeto y a él van dirigidas.

Son esas palabras las que definen a J. como impreciso, débil, dañado. A partir de ellas construimos la figura de objeto al cual se dirigen, la de padre sádico, culpable, 'preciso ejecutor del daño'.

Un segundo plano, menos evidente en el fragmento de sesión que nos ocupa, se corresponde con conceptos metapsicológicos que definen el narcisismo del yo. Estos conceptos describen el movimiento de introversión de libido que retrograda hasta el yo, sentando las bases para su megalomanía. Aquí el objeto ha desaparecido absorbido por el yo y dominan la omnipotencia, la negación y la idealización. Lo que en esta dimensión aparece como 'objeto' resulta un doble ideal cargado de omnipotencia. Es el plano de transferencias narcisistas, en que el síntoma -que encuentra su sentido en la neurosis de transferencia en que nace- se hace rasgo de carácter. A esto alude A. en su intervención cuando señala a J. que hace de su síntoma un baluarte. La frase que hemos construido desde las palabras de J.: 'no preciso padre' da lugar aquí a otra: 'soy mi padre', negando su dependencia, su necesidad, sus afectos de miedo, vergüenza y enojo.

Más allá encontramos el plano de lo actual, donde asoma lo traumático, que 'cobra cuerpo' en la hipocondría.

Afirma Freud en el caso Schreber que la hipocondría -neurosis actual- sobreviene ante el fracaso de la megalomanía -neurosis narcisista-. Metapsicológicamente corresponde a la 'descompostura' del yo, entendiendo aquí a 'yo' como "ese nuevo acto psíquico" y a 'narcisismo' como estado en que las pulsiones autoeróticas se unifican en 'imagen yo'. La hipocondría, entonces, estaría dando cuenta de la fragmentación por la cual la erogeneidad del órgano vuelve a tener preeminencia. La dirección progresiva se interrumpe, la carga ya no asienta en el yo ni avanza hacia el objeto; retrograda hasta la carga de órgano propia del autoerotismo.

En el ejemplo clínico los órganos hablan de la identificación directa que la escena impone. En el órgano se condensan todas las versiones de esa escena. Ya hablamos de 'descompostura', donde lo 'intestino' del consultorio no alcanza a contener la excitación desbordante. El setting se amplía abarcando el baño, escenario privilegiado del crimen ritual. Allí el deseo cede su lugar a la

necesidad perentoria, con su carácter urgente y compulsivo. En cuanto a la afección de piel de J. -enfermedad ligada a rituales de lavado- se hace presente en ella el goce de la crueldad (cruor: sangre derramada, y también, crudo, cruel). J., frotando y arrancándose la piel, muestra en sus llagas al padre desollado sufriendo su tormento. La imagen traumática de crimen -contenida en la masturbación- genera la compulsión a lavar la sangre derramada por manos crueles, lavado inútil que sólo consigue volver a hacer brotar la sangre que denuncia ese crimen. La piel dañada presenta, condensadas, castración y masturbación, horror y vergüenza.

La escena actual se 'corporiza' involucrando con manifestaciones diversas a ambos protagonistas capturados por ella -descompostura en A., piel dañada en J.- conservando su estructura propia y su argumento trágico, borrando identidades personales, cualidad que llega a la conciencia en J. con la idea de 'contagio'.

Ingresamos así a la comprensión de la escena de enfermedad -que es la escena de la hipocondría- donde los actores van actuando un juego sin fin, partícipes de una ceremonia ritual. En este escenario,

como en "Seis personajes en busca de autor", las identidades personales, máscaras-yo, se esfuman y su lugar es ocupado por personajes, arquetipos de la tragedia. Como en "Hamlet", el padre asesinado va conduciendo al hijo a que encuentre, en la escena incestuosa y parricida, su propia muerte. En el cadáver, padre e hijo son Hamlet.

En el plano actual, más allá de las defensas que antepone el yo -defensas que lo constituyen- asoma lo no dicho, lo 'olvidado' en las palabras de transferencia.

De carga de órgano a pregnancy

En lo expuesto hasta aquí el órgano es a la vez protagonista, escenario y escena. Esto nos coloca en un discurso que implica una solución de continuidad con aquel otro, económico, que habla de cantidades. Cabe la posibilidad de intentar trazar puentes que permitan el pasaje del lenguaje económico cuantitativo que habla de cargas de órgano a otro, cualitativo, que encierre en su estructura la construcción de la escena. Avanzando en este intento podemos

especular que aquello que en metáfora económica llamamos carga, corresponde, en otra narrativa, a vicisitudes de una 'pregnancia' -fálica- que 'marca' un signo allí donde aparece y se presenta. Así lo que en lenguaje económico es carga de órgano -y que en otro momento Freud llama erogeneidad de órgano- puede entenderse en el sentido de pregnancia fálica de órgano. El sentido de pregnancia alude a "estar inundado, embebido, empapado, humedecido" y a "estar relleno, henchido", sentido que resulta apropiado en referencia al órgano genital en estado de excitación, estado que Freud destaca como paradigma de la hipocondría. Pregnancia también alude a "embarazo, preñez, gravidez, principio fecundo, germinal, lo que empieza a brotar'.

A partir de esta referencia podemos concebir que otra imagen apropiada para acercarnos a la comprensión de la hipocondría la constituye aquella que nos da el 'embarazo-parto-nacimiento'. Allí también se observa al 'órgano' alterado, 'henchido', 'relleno', en ese proceso 'germinal y fecundo' donde algo 'empieza a brotar'. Este es el órgano vivo, órgano de la escena, que vemos brotar del cadáver

estático de la anatomía. Podemos, pues, recurrir al modelo de trauma de nacimiento, tal como describe Freud en "Inhibición, síntoma y angustia", para ilustrar las vicisitudes de esa pregnancia de órgano. En el mencionado texto hace una descripción del nacimiento en palabras que resultan sugestivas y ricas para aplicarlas a lo que queremos expresar. Allí dice que trauma corresponde a una "enorme perturbación en la economía de libido narcisista". Podemos entender estas palabras como referencia a castración fálica, hundimiento del narcisismo originario, una descripción económica de "Untergang". Sigue diciendo Freud que a partir de esa "enorme perturbación", los "órganos adquieren una elevada carga, preludio de la carga de objeto que no tardará en iniciarse". La construcción de esta frase sugiere que en el mismo 'hundirse' -untergang- se muestra lo que 'empieza a brotar'. Brotar que 'hace órgano' y que encontramos en la alusión al nacimiento que da Freud al referirse a la congestión de ciertos órganos durante el mismo, como los ojos, el aparato de fonación, de respiración, etc.. En esta escena de partonacimiento, también podemos concebir como congestión de

órgano la ingurgitación del pecho materno. Es decir, el órgano, y más tarde el objeto -su heredero natural- serán 'los lugares' donde se presentará esa pregnancia fálica que aparece como memoria de lo sepultado. Hasta acá seguimos el modelo de aquello que, prescindiendo de toda concepción evolutivo-cronológica, construimos desde la teoría psicoanalítica como 'trauma de nacimiento'. En lo dicho enfatizamos la idea de que lo que se hunde es a la vez lo que brota, modo éste que nos resulta adecuado para describir "Untergang", como señala Etcheverry citando a Schelling "Todo nacimiento lo es de la oscuridad a la luz; la semilla tiene que ser hundida en la tierra y morir en la tiniebla para que la más hermosa forma luminosa se yerga y se despliegue frente a los rayos solares."

Encontramos en la cita de Freud una referencia importante al tema de hipocondría. La línea ideativa que en ella marca se refuerza cuando la asociamos a otra referencia que hace de hipocondría en "Introducción del narcisismo". Allí define al órgano -pene en erección- como paradigma de hipocondría. En "Inhibición, síntoma y

angustia” describe más acabadamente esta pregnancia fálica que se arroga el pene. Citando a Ferenczi dice: “... ese órgano (el pene erecto) contiene la garantía para una reunión con la madre (con el sustituto de la madre) en el acto del coito”, estableciendo una suerte de equivalencia entre órgano -pene erecto- y la escena de unión con la madre. De este modo la pregnancia de órgano puede entenderse como despliegue de escenas, contenidas como ‘memoria’ en el órgano. Así el órgano ‘hablaría memorias’. Este concepto de ‘memorias’ también nos da la clave para entender la identificación directa; son memorias que nos ‘hablan’ de ‘algo común’ y es eso ‘común’ aquello que identifica.

Ligando estas referencias podemos hacer la siguiente construcción: La visión del genital femenino -o sus subrogados- que presenta la castración fálica resulta traumática, llevando a una “enorme perturbación en la economía de libido narcisista”, perturbación que hace actual el hundimiento del narcisismo originario. En este hundimiento brotan ‘cargas’ que pasan a investir al órgano. El pene se vuelve tumefacto y sensible. La erección del pene evidencia así su

pregnancia fálica. Imaginamos la siguiente explicación: la castración fálica que implica sepultamiento a la vez hace brotar lo sepultado; 'eso' se hace presente como órgano alterado. Así el órgano 'habla memorias' de incesto, es 'el llamado de la sangre'. En la unión sexual ambos protagonistas 'reconocen', en sus órganos excitados, esta memoria común que los 'contagia'. Es interesante que 'contagio' -palabra destacada en el fragmento de sesión del que partimos- deriva del modo latino 'lues', 'inficere', que entre otras acepciones significa "peste" y también "humedecer, impregnar".

Siguiendo este modelo podemos pensar que cuando J. lleva a cabo el gesto 'seductor' de tocar y frotar las zonas dañadas, despierta en A. memorias de castración y masturbación que le resultan traumáticas. Es en tanto traumáticas que son 'desatendidas' por A.. Al 'desatender' a J., A. es 'seducido' -desviado del camino-, apartado de la ley por un signo que lo arrastra a la obligación de un rito sacrificial. Nos recuerda la escena en que Edipo, 'en la encrucijada de caminos', encuentra 'al viejo' que hace un gesto amenazador exigiéndole que se aparte del camino. Tal gesto resulta un signo 'seductor' que desvía

a Edipo de su derrotero (seducere: desviar del camino) y lo lleva a cumplir literalmente el designio del gesto. Apartado del camino de la ley, es arrastrado a la obligación del rito parricida. Del mismo modo el signo presente en el gesto de J., perturba la economía de libido narcisista en A. y hace brotar cargas que excitan sus entrañas; el órgano se 'impregna de memorias', la escena común que los involucra. De esta manera podemos describir la identificación directa que, cuando la consideramos en la sesión, es transferencia actual.

En la encrucijada de caminos y en la sesión se presenta una misma secuencia: un encuentro crucial, un gesto casual, un destino fatal. Lo fatal, que en Edipo es destino, en el ejemplo mencionado es hipocondría.